

El sargento Aldana



Traemos un relato corto publicado en la revista Blanco y Negro, en marzo de 1907, cuyo protagonista es el “Sargento Aldana”. Está escrito por Ángel Rodríguez Chaves, nacido en Madrid a mediados del s XIX. Su obra literaria sobresale por su estilo histórico y erudito. Su colaboración en la revista ByN, forma parte de la costumbre de la época, principios de s XX, de contar con escritores importantes que daban prestigio a la misma. Se complementaba el relato con las ilustraciones que le acompañaban, realizada, en este caso, por el dibujante Narciso Méndez Bringa, uno de los mejores ilustradores de la época por su realismo y costumbrismo.

Del relato se deduce que la acción transcurre en la guerra de África (1859-60), por las pistas dadas al situar las unidades que cita en dicho contexto bélico. También por el pasaje en el que el sargento Aldana da entierro a un soldado que pertenecía a “aquella especie de cuerpos francos formados con los penados de Ceuta”, hecho que así se hizo, en aquella campaña, por la falta de efectivos militares a causa de un brote de cólera.

El final de la historia del sargento Aldana, a más de uno, le traerá recuerdos inspiradores de la letra de una de nuestras canciones militares más emblemáticas

A continuación, se anexa el artículo de Ángel Rodríguez Chaves, publicado por la revista ByN

Blanco y Negro

REVISTA ILUSTRADA

AÑO XVII

MADRID, 2 DE MARZO DE 1907

NÚM. 826



RECUERDOS DE LA GUERRA DE AFRICA

EL SARGENTO ALDANA

I

Los primeros acordes de la diana empezaban á dejarse oír en el campamento. Las cornetas, respondiendo á largas distancias, recordaban el canto de las codornices cuando se reclaman en la vasta extensión de la llanura.

En las tiendas, cerradas todavía, se notaba el vago rumor del despertar del soldado; pero por las calles, formadas por las frágiles viviendas de lona, sólo circulaban los asistentes, que corrían presurosos á despertar á sus amos.

La mañana despuntaba no sólo hermosa, sino hasta espléndida. Al torrencial aguacero con que había cerrado la noche, sucedía un horizonte diáfano y puro, en el que el sol, todavía oculto, mandaba como farantes de su llegada unos cuantos grupos de nubecillas sonrosadas que festoneaban el cielo en la parte que caía sobre el mar.

Como en Africa, aun en lo más crudo del invierno los crepúsculos son breves; la claridad, indecisa al prin-

cipio, no tardó en dejarnos admirar en toda su grandeza la magnificencia del paisaje que teníamos delante.

Del lado de la marisma se veía sobre una superficie azul, ligeramente rizada por el viento, la arboladura de aquellos barcos que con tanta ansia habíamos esperado en los angustiosos días en que comenzaba á faltarnos hasta lo más necesario á nuestro sustento. Frente á nuestro campamento el boquete de Anghera abría sus tenebrosas fauces llenas de misterios y amenazas: á sus pies se extendía el dilatado llano, cuya monotonía interrumpían sólo los espesos é intrincados jarales que marcaban el paso del Guad-el-Jelú, y en la parte opuesta al mar, al remate del extenso valle, pero todavía á las márgenes del que nosotros llamábamos Río Martín, se destacaban en primer término la achatada silueta de la Aduana, y más lejos, cerrando el horizonte, la masa blanca de la ciudad de Tetuán, que apoyaba su espalda en la sierra, dejando ceñir sus flancos por las frondosas huertas que comenzaba á despoblar de naranjos y limoneros la implacable tala que hacían necesaria las obras de defensa que prevenían los moros.

A nosotros se nos había encomendado el reconcimiento de una mancha de monte bajo que bordeaba uno de los lados de la garganta que servía de embocadura al valle, y que por estar muy cubierta de maleza ofrecía seguro asilo á los moros que, en pequeños grupos, acostumbraban á hostilizar á los ingenieros que desde el Serrallo venían abriendo desembarazados caminos á nuestra artillería.

Nuestra fuerza, poco numerosa, pero ya bien fogueada, se componía de una sección de húsares de la



Princesa y media compañía del batallón Cazadores de Baza, que era en el que yo servía. A los jinetes tocaba hacer la verdadera descubierta, limitándose nuestra misión—la de los infantes—á responder á los fuegos enemigos y á proteger una retirada en caso necesario.

De noche todavía, habíamos tomado el café que nos servía de desayuno, y como cada cual por su cuenta se había cuidado de ponerle el epílogo de unos cuantos tragos del buen aguardiente de caña que rara vez faltaba á nuestros cantineros, cuando después de dar el santo y seña traspasábamos el límite de las grandes guardias, estábamos alegres y dicharacheros como si fuéramos á una fiesta.

II

El único que, como siempre, no salía de su taciturna reserva, era el sargento Aldana. Aquel impenetrable veterano de ceño siempre fruncido y cuyo cerdoso bigote, ya más blanco que negro, contrastaba con el bozo naciente de nuestros reclutas, nos inspiraba á todos un cariñoso respeto que no estaba exento de curiosidad.

En su vida debía haber sombras negras, muy negras. Soldado ya tan viejo que había hecho sus primeras armas en la guerra civil, en vez de emplear la influencia que le daban sus servicios en procurarse medros en su carrera, los había gastado en reengancharse por dos veces, dejando pasar algunos años entre su segunda absoluta y su postrer empeño.

Fiel cumplidor de sus deberes militares, escrupuloso observante de los más nimios preceptos de la ordenanza, esquivaba, sin embargo, hacerse notar, y lo mismo trataba de disimular sus hechos de valor en la guerra, que la blandura, poco común en las clases, con que trataba á los soldados en la paz.

Los que le conocieron de joven aseguraban que había notable contraste entre sus expansivas alegrías de aquel tiempo y las negruras de su reserva de ahora; pero el hecho es que con el mismo arrojo exponía ante un sonriente su pecho á las bayonetas de los facciosos, que le ofrecía hogaño cejijunto y hosco á las espingardas de los marroquíes.

III

Nuestra descubierta daba escasos resultados. Los moros, ó sobrado cautos para esquivarnos, ó no entrando en sus planes hostilizarnos por aquella mañana, no parecían por ninguna parte.

De cuando en cuando salía un tiro suelto de entre la maleza, pero al destacarse unos cuantos jinetes hacia

el sitio donde todavía humeaba el disparo, con lo que se encontraban era con la más absoluta soledad. Indudablemente, los grupos de los demás días no habían madrugado, y sólo operaban por su cuenta y riesgo algunos kabileños aislados que, muy conocedores del terreno, desaparecían tan pronto como daban muestras de su existencia.

Nuestros oficiales, contrariados por la inutilidad de aquel paseo militar, nos habían hecho avanzar algunos kilómetros más de lo que les prevenía su consigna; pero convencidos de que nada conseguirían como no llegáramos hasta el mismo campamento marroquí, se disponían á dar las órdenes convenientes para que regresáramos al nuestro, cuando de pronto vimos que los húsares que nos servían de exploradores se detenían ante un repliegue del terreno oculto á nuestra vista por unos jarales.

Cuando llegamos á aquel sitio, el espectáculo que nos fué dado contemplar no podía ser más triste. En el fondo de una hondonada de escasa profundidad se veía el cuerpo de un joven, casi un niño, que aunque despojado de la mayor parte de sus ropas, aún conservaba algunas prendas, por las que se venía en conocimiento de que el muerto pertenecía á aquella especie de cuerpos francos formados con los penados de Ceuta, que se habían ofrecido voluntariamente á tomar parte en la campaña.

En el cadáver apenas había sitio que no mostrara la sangrienta huella de los yataganes y gumías de los feroces rifeños. Sólo el rostro había sido respetado, dejando adivinar por la contracción de las facciones los terribles tormentos de la víctima.

De los últimos que llegaron al lugar en que yacía el infeliz presidiario, fué el sargento Aldana, que al fijarse en el cadáver sólo tuvo tiempo de lanzar una exclamación de esas que salen de lo más hondo del alma. Después, como tronco herido por el rayo, cayó á nuestros pies, tan rígido y falto de color como el muerto mismo.

Como con su desplome había coincidido un disparo salido de entre las jaras, ninguno de nosotros dudó que una bala había alcanzado al veterano sargento. Sin embargo, al reconocerle minuciosamente, nos convencimos no sólo de que no había en él ni el menor asomo de herida, sino de que su corazón seguía latiendo de modo irregular é intermitente, pero con la fuerza y el vigor de la plenitud de la vida.

Con rociarle la cara con el agua de un arroyo próximo bastó para que recobrará el conocimiento y se pusiera en pie como si nada hubiera pasado.

A nuestras preguntas contestó con un desabrimiento que no era en él habitual. Sólo al oficial que mandaba nuestra fuerza se permitió decirle:

— Mi teniente, quisiera que se me dejara dar tierra á ese cadáver. Si la tropa tiene que seguir su mar-

cha, no importa, yo tardaré pocos minutos en alcanzarla.

El oficial no sólo accedió á su deseo, sino que nos invitó á ayudarlo en su piadosa tarea.

Con ello en breves momentos estuvo cavada la no muy profunda fosa. Entonces el sargento cortó con su navaja un mechón de cabellos del muerto, y tomando en sus brazos el cadáver, le depositó en el fondo del hoyo sin que un músculo de su rostro se contrajera.

Un cuarto de hora después, al emprender la con tramarcha, dejáramos á nuestra espalda la tosca cruz de madera con que habíamos señalado la tumba del penitenciario de Ceuta.

IV

El día siguiente fué de aquellos en que desde bien temprano nos tuvieron en jaque los moros. El tiroteo duró desde las primeras horas de la mañana hasta la caída de la tarde, y más de una vez solazaron nuestros oídos los acres compases de la «polka de Prim», que es como nuestros soldados llamaban al toque de ataque á la bayoneta.

En uno de los más rudos encuentros, el sargento Aldana que, operando más como guerrillero que como individuo de una tropa disciplinada, nos había lanzado á una docena escasa de soldados á tomar una posición que defendía un centenar de moros, se detuvo de pronto, soltó el fusil, se llevó la mano al pecho exclamando: «¡Gracias á Dios!» y se desplomó, por desdicha no como el día anterior, presa de un pasajero síncope, sino atravesado el corazón de un balazo.

Los moros se nos echaban tan encima, que no me dieron tiempo para más que para registrar los bolsillos del sargento, en los que aparte de un mal relojillo de plata y algunas monedas, todo lo que encontré fué una carta escrita en papel tosco y amarillento. La retirada nos costó no pocas bajas; pero como yo tuve la suerte de confirmarme entre

los que escaparon ilesos, aquella noche, á la luz de la vela de sebo que iluminaba mi tienda, leí la carta encontrada sobre el cadáver del que fué mi sargento.

El escrito no contenía más que estas breves palabras:

«Querido padre: Ya que no supe heredar tu honradez, quiero probarte que heredé tu valor.

»Cuando pases los ojos por estas letras, ó habré realizado una hazaña que haga olvidar el recuerdo de mis culpas, ó con mi muerte te habré librado del borrón que eché sobre tu limpio nombre de soldado.

»De todos modos, perdona á tu arrepentido hijo, *Pepe*.»

Aquellas líneas eran la clave de las tristezas que habían amargado la vida del veterano y poco dicho sargento Aldana.

ANGEL R. CHAVES

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

